

Tambien confirmó el rey muy gustoso la eleccion que se habia hecho de generalísimo de la liga en la persona de su hermano don Juan, quien despues de recibir las órdenes del rey, tomó el camino de Barcelona y se embarcó en seguida para Génova. Salió de aquí para Nápoles, y despues para el puerto de Mesina, en Sicilia, punto designado de reunion de las fuerzas combinadas. Llevaba consigo ochenta galeras, veinte y dos navios con veinte y un mil hombres de infantería, abundantemente provistos de artillería, municiones, víveres y toda especie de pertrechos militares. Ademas de los jefes y oficiales que tenian mando efectivo, tanto en la escuadra como en el ejército, se embarcaron con el generalísimo muchos caballeros de distincion, que en calidad de simples aventureros, quisieron tomar parte en una expedicion sobre la que estaban fijos los ojos de la Europa entera.

Llegó don Juan á la vista de Mesina en agosto de 1571, y antes de desembarcar celebró á bordo de su capitana un consejo de guerra, al que asistieron los principales jefes de las fuerzas combinadas. Allí les manifestó las instrucciones del rey católico, decidido á que se buscase á la escuadra otomana, y se pelease á toda costa contra los enemigos de la cristiandad que constantemente amenazaban á las potencias del Mediterráneo. Al mismo tiempo les manifestó su propia determinacion de cumplir en un todo con las órdenes del rey, exponiéndose el primero á todos los peligros de la empresa. Fué oida su arenga con grandísimo entusiasmo, y desde aquel momento se tomaron todas las disposiciones necesarias para salir en busca de los turcos.

En el verano de aquel año se habian apoderado estos de Famagosta, en Chipre, segunda conquista que hacian las armas de Selim II. Habia opuesto la plaza una fuerte resistencia; mas reducida á los últimos apuros, se vió en precision de rendirse, concediendo el vencedor á los vecinos las vidas, los vestidos, sus armas y banderas, con algunos buques para trasladarse á la isla de Candía.

Mas los generales turcos cometieron, á pesar de este convenio, muchas crueldades en los principales personajes, á quienes hicieron morir en medio de tormentos. Desembarazados de este negocio que tanto les interesaba, continuaron sus correrias sobre el mar, y aun trataron de apoderarse de la isla de Corfú; mas fueron repelidos con notable pérdida, y obligados á abandonar por entonces dicha empresa.

Mientras tanto terminaban los preparativos de la escuadra combinada, reuniendo cada estado su respectivo contingente. Aprontaron los venecianos ochenta galeras á las órdenes de Sebastian Veniero y el proveedor Barbárico. Llegó con doce de Génova Juan Andrés Doria, y al mismo número ascendian las del pontífice al mando de Colonna. Poco despues aportó don Alvaro Bazan, ya marqués de Santa Cruz, con otras treinta. Era maestre de campo general Ascanio de la Corne; general de las tropas italianas el conde de Santa Flor, y Gabriel Serveloni de la infantería. Mas á pesar de tantas fuerzas reunidas, todavía no se componia la expedicion de todas las que se habian contratado.

No eran muchas las tropas del pontífice; mas suplía esta falta el nombre y la autoridad del jefe de la Iglesia. De su orden se presentó en el campo en clase de legado monseñor Odescalchi, exhortando á la pelea, animando en nombre del Papa á los valientes que concurrían á tan santa empresa. Les habló de revelaciones de Dios, en que les prometía la victoria, y presentó profecias de San Isidro relativas á lo que entonces se estaba proyectando. Se ordenó en todo el campo un ayuno de tres dias, y las tropas confesaron y comulgaron, habiendo ademas recibido indulgencias en los mismos términos que las concedidas á los que habian conquistado el santo sepulcro algunos siglos antes.

Preparado y listo todo, celebró don Juan otro consejo de guerra, en los mismos términos que el anterior, sobre el plan de las operaciones. Fueron algunos de opi-

nion que la escuadra se atuviese á la defensiva, esperando que los turcos los buscasen; mas don Juan, insistiendo siempre en su primera determinacion, y apoyado en las órdenes del rey, se decidió por la ofensiva; idea que al fin fué apoyada por todos los jefes del ejército.

Salió la expedicion de Mesina el 15 de setiembre del mismo año (1571), y el legado del Papa, colocado en el punto mas prominente del puerto, echaba su bendicion sobre cada buque conforme iban desfilando. Llevaba la vanguardia Juan Andrés Doria con cincuenta y cuatro galeras, y orden de ocupar el ala derecha en caso de combate. Se componia su division de siete galeras de Nápoles, diez de Génova pagadas por el rey, y otras dos del mismo estado al sueldo de Doria: dos del pontífice, veinte y seis de Venecia, cuatro de Sicilia y dos de Saboya, mezcladas todas para quitar la rivalidad de las naciones y atender á que los barcos chicos estuviesen resguardados por los grandes. Llevaba la vanguardia banderolas verdes para ser distinguida de las otras divisiones. Iba en el cuerpo de batalla el generalísimo, con setenta y cuatro galeras de banderolas azules, habiéndose colocado en la capitana el estandarte de la liga. Navegaba á la derecha de esta capitana la del pontífice, mandada por Marco Antonio Colonna, y á la izquierda Sebastian Veniero con la de Venecia y la capitana de Saboya, á cuyo bordo iba el príncipe de Urbino. Se componia este cuerpo de batalla de tres galeras del pontífice, trece venecianas, tres de Juan Andrés Doria, tres de España, tres de Malta, que iban todas á la derecha de Marco Antonio Colonna, y al de Veniero la capitana de Génova, otras tres de España, trece de Venecia, tres genovesas al sueldo del rey, dos al de Juan Andrés, tres del pontífice y una de Nápoles. Constaba el tercer cuerpo, que era el ala izquierda, de cincuenta y cinco galeras con banderas amarillas, al mando del proveedor Barbárico. Se componia de treinta y cuatro galeras venecianas, ocho de Nápoles y de España, dos del pontífice y dos de Doria. El cuarto

cuerpo, que se destinaba á la reserva, estaba al cargo del marqués de Santa Cruz, y se componia de treinta galeras con banderolas blancas, doce de Venecia, cuatro de España, dos del pontífice y doce de Nápoles. Iba de descubierta con veinte ó treinta millas de ventaja don Juan de Cardona con ocho galeras, cuatro de su cargo, dos venecianas y dos de Juan Andrés de Génova. Llevaba este jefe la orden de descubrir y avisar al cuerpo de la armada, de todas las velas turcas que avistase, recogiendo al cuerpo principal en las horas de la noche.

Caminaba lentamente la escuadra, tanto por conservar la union, quanto por evitar los malos pasos. En esta disposicion llegó á la isla de Corfú, donde se embarcaron seis piezas gruesas con sus pertrechos y la infantería italiana del cargo de Paulo Ursino. Allí tuvo noticia de que estaba en Prevesa el almirante turco Ali, recién salido de Constantinopla con fuerzas formidables.

Habia tenido avisos oportunos el Gran Señor de la expedicion de los cristianos, y no habia perdido tiempo en preparar sus fuerzas de mar, que salieron de los puertos con orden de buscar á los contrarios. No pensaba el almirante Ali que estos tomasen la ofensiva, y cuando supo que habian salido de Mesina en busca suya, depuso un poco el tono arrogante con que acerca de ellos se expresaba.

Se hallaba entonces la escuadra turca en el trecho de mar conocido con el nombre de golfo de Corinto, y habiendo sabido la proximidad á que se hallaban los cristianos, reunió los capitanes, entre los cuales se hallaba el famoso Aluch-Ali, (1) y deliberó con ellos, sobre si se deberia marchar á ofrecerles la batalla. Fueron algunos de opinion de que seria muy expuesto buscar á ene-

(1) Algunos, y entre ellos Cervantes, dan á este renegado el nombre de *El Uchali*, tal vez con mas propiedad, aunque nos parece que viene á ser lo mismo. Sin embargo, nosotros le escribimos tal cual le hallamos en Cabrera y en Ferreras.

migos, cuyas fuerzas deberian de ser muy grandes, cuando habian tomado la ofensiva. Pero el almirante Ali, ó porque fuese de un carácter mas resuelto, ó por su enemistad y odio al nombre cristiano, ó mas bien por temor al sultan, cuyas órdenes terminantes habian sido de que se cayese sobre el enemigo donde quiera que le hallasen, se obstinó en aceptar la batalla que los cristianos le ofrecian. Asi se encontraron con facilidad las escuadras que mutuamente se buscaban.

Tuvo lugar este encuentro en 7 de octubre, cerca de Lepanto, en el golfo de este nombre, y por una coincidencia singular, no lejos del sitio donde poco menos de diez y seis siglos antes, habia sido disputado por Octavio y Marco Antonio el imperio, con pocas excepciones, del mundo entonces conocido. Tenian los turcos á su espalda las costas de la Grecia; los cristianos el mar abierto con la Morea á la derecha y la isla de Cefalonia á la izquierda: las escuadras se acercaban mutuamente: el combate era por lo mismo inevitable. En el último consejo de guerra celebrado en la escuadra turca, se volvió á obstinar el almirante Ali en buscar á los cristianos á pesar de las representaciones que le hicieron en contrario varios capitanes suyos muy experimentados, que ya le habian dado el consejo de retroceder en otras ocasiones.

Se componia la línea de los cristianos de ciento sesenta galeras de frente, mandando la derecha Juan Andrés Doria, la izquierda el proveedor veneciano Barbárico, y don Juan de Austria, colocado en el centro el cuerpo de batalla. Estaba formado á retaguardia y como de reserva el marqués de Santa Cruz al frente de treinta galeras, á fin de impedir todo ataque que los turcos pudiesen hacer á los nuestros por la espalda. Dispuso el general turco la línea de sus galeras en forma de media luna, y se situó en el centro casi en frente de la capitana, donde iba don Juan de Austria. Preparado todo para el combate, despues de colocarse un gran Crucifijo y la imagen de la Virgen en el tope de la capitana, pasó el ge-

neralísimo á bordo de una lancha ó esquife, y recorrió la línea exhortando á todos á conducirse con valor contra los enemigos de la fé cristiana. Algunos dicen (1) que llevaba en la mano un Crucifijo con que redobló el entusiasmo de la gente de todas las galeras, que le victorearon pidiendo con ardor que empezase cuanto antes la batalla. Entonces se leyeron de nuevo en alta voz las indulgencias concedidas por el pontífice en favor de los valientes defensores de la fé católica. Debía de ser muy vistoso y muy sublime el espectáculo que ofrecian tantos buques con sus velas, banderas y estandartes desplegados que se reflejaban en las aguas; realzado el cuadro con las voces de la gente, el sonido de los clarines, trompetas, atabales y demas instrumentos bélicos que se repetian en las playas inmediatas. Anunciaron el momento de la pelea dos cañonazos disparados, uno de la capitana turca y otro de la nuestra, y las dos escuadras empezaron el combate.

No estaba en aquellos tiempos tan adelantada la táctica naval como en los nuestros, donde los navios forman varias líneas y trozos, imitándose en el mar casi las mismas evoluciones que se practican en los ejércitos de tierra. Eran entonces los combates en cierto modo mas individuales. Cada buque atacaba al que tenia de frente, y se trababan ambos tan de cerca por las proas ó bien por los costados, que se venia por lo regular al abordaje, y se peleaba casi siempre al arma blanca. Eran asi los combates mas mortíferos, mas sañudos y mas encarnizados. No podian faltar estos caracteres en la batalla de Lepanto, donde tantas naciones combatian á vista de sus jefes; donde se disputaba el imperio del Mediterráneo; donde cada uno consideraba á su rival como enemigo de su fé, y creia hacer una obra grata á la Divinidad procurando su esterminio. No describiremos pues menudamente un

(1) Entre ellos Vanderhammen en su vida de don Juan de Austria.

combate en que todos los buques, con poca excepcion, chocaron mutuamente, donde eran casi iguales el arrojo y la furia con que unos y otros peleaban. Varias ventajas conseguian algunos de los nuestros, tomando ó echando á pique buques enemigos. No eran muy pocos los que nosotros perdiamos á impulso de la furia turca, pudiendo decirse que despues de algunas horas de pelea, no se podia afirmar hácia qué lado se inclinaba la victoria. Mientras tanto se llenaba el mar de cadáveres, de cuerpos destrozados, de náufragos que pedian auxilio, de restos de buques despedazados por la artillería, y como era tan corto el espacio en que se peleaba, se puede decir, sin figura de retórica, que tenían sus olas ya color de sangre. No es necesario haberse hallado en un combate naval al imaginar la escena de tumulto, confusion y horror que ofrecen estos choques tan terribles; para concebir el ruido espantoso de la artillería, los gritos de los combatientes, los alaridos de los moribundos, cuyos ecos retumbaban en las inmediaciones; para ver en fin un teatro de destrozos y de horrores, donde poco antes se ofrecia el espectáculo de buques tan vistosos y tan engalanados.

No estaban ociosas durante esta refriega las dos capitanas cristiana y enemiga. Desde el principio de la accion se acometieron mutuamente, con el mismo arrojo que á las otras distinguia. Rodeaban la otomana siete galeras en clase de auxiliares, y como al lado de la de don Juan no habia mas que dos, acudió de la retaguardia el marqués de Santa-Cruz con otras siete para reforzarle. A las inmediaciones de la capitana de don Juan de Austria, se hallaban la de la Iglesia, mandada por Marco Antonio Colonna, y la de Venecia, por Sebastian Veniero. Todas ellas peleaban con los buques que tenían al frente, mas la capitana de don Juan solo daba embestidas á la que mandaba Ali en persona, siendo la furia y encarnizamiento igual por ambas partes. Una vez llegaron á entrar las tropas de don Juan á bordo del bajel contrario; mas

fueron repelidas con notable pérdida. Hacia don Juan las funciones de soldado y capitan en su navío, animando á todos con su voz y dando ejemplo, colocado en los parajes de mas riesgo. Como general en jefe de la escuadra, debia de cesar su influencia desde que empeñado el combate general, pendia la victoria del arrojo individual, pues no se trataba entonces ni de movimientos ni de evoluciones. Sin embargo los del ala derecha estuvieron siempre muy solícitos, para que los turcos no pasasen como lo intentaban, entre ellos y la costa, con objeto de ponerse á retaguardia de los nuestros. Se vió en grande apuro Juan Andrés Doria con la galera de Malta; mas fué socorrido á tiempo por la de don Juan de Cardona, aunque Aluch-Ali habia logrado separar la capitana de la Orden, y tomarla al abordaje, habiendo perecido casi toda su gente, quedando mortalmente herido el capitan Pedro Justiniano.

Tambien por la izquierda el proveedor Barbárico sostenia rudos choques, habiendo sido atacada por cinco turcas su galera. Socorrido por otras españolas, volvió á la carga, restableciendo por aquella parte la batalla en que se creian ya los turcos vencedores.

Duraba así el conflicto con ventajas y pérdidas iguales, cuando habiendo hecho un nuevo esfuerzo la capitana de la Liga sobre la turca, se llegó por segunda vez al abordaje. Capitaneados por don Lope de Figueroa, don Bernardino de Cardona y don Miguel Moncada, penetraron los nuestros por la galera enemiga, arrollando á la arma blanca á cuantos se les ponian por delante. El almirante Ali fue muerto de un arcabuzazo. Inmediatamente se apoderaron del estandarte imperial turco, á quien daban el nombre de Sanjac, y colocaron en su lugar una cruz grande, en signo de victoria. Redoblaron con este espectáculo y el de la cabeza de Ali colocada en una pica, el entusiasmo y furia de los nuestros, y desde entonces comenzó la total derrota de los otomanos. Los forzados cristianos que se hallaban á

bordo de las galeras turcas, viendo la ocasion oportuna de romper sus hierros, se levantaron contra sus verdugos y contribuyeron al triunfo de los nuestros. Varios jefes turcos, entre ellos Aluch-Ali, viendo ya infalible la derrota, abandonaron el campo de batalla, sin exponerse á mas azares, maldiciendo al general en jefe, á cuya ciega temeridad habian debido aquel desastre. Sin embargo, era tal la confusion, tal el desórden, que á pesar de estar ya declarada la victoria por los cristianos, continuaba con toda su furia la pelea; ¡á tanto llegó la ciega obstinacion de un gran número de buques turcos! Mas las tinieblas de la noche pusieron fin á la contienda, y los cristianos pudieron celebrar su triunfo con músicas é iluminaciones.

Resonaron en todos los ángulos de la cristiandad los ecos de la batalla de Lepanto. Ninguna fué mas celebrada en aquel siglo, sobre todo, por los principes católicos. La victoria fué brillante; mas sobrado cara. Perdimos en ella muchos buques, no pocos esclarecidos capitanes. Todas las naciones rivalizaron en valor y arrojo, y esta alabanza se debe tanto á los turcos como á los cristianos. Pelearon valerosamente entre los nuestros el príncipe de Urbino, Paulo Jordan, el conde de Santa Flor, Ascanio de la Corne, Octavio Gonzaga, Vicente Vitelli, el prior de Hungría, Pompeyo de Lanoy, hijo del príncipe de Sulmona, don Luis Requesens, don Pedro de Padilla, don Bernardino de Velasco y don Martin de Padilla. Merece particular mencion el príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, que se hallaba en calidad de aventurero, y entró al abordaje en el barco turco donde iba Mustafá, proveedor de la escuadra, y cuya cabeza fué enarbolada en una pica. Increíble parece por lo enorme la pérdida de los otomanos. Murieron mas de doscientos turcos principales, treinta gobernadores de provincia, ciento y sesenta beyes, agaes y otros principales jefes del ejército. Igualmente perdieron la vida otros treinta mil, ascendiendo á diez mil el número de los prisioneros. Se libertaron

quince mil cristianos de todas las naciones, y se tomaron ciento sesenta y cinco galeras, aunque en la reparticion no hubo mas que ciento y treinta, habiéndose quemado las restantes por inútiles.

Pasaron á felicitar el dia siguiente á don Juan de Austria los diferentes cabos de la armada, y se celebró la victoria con toda clase de festejos. Eran muy debidos á tan gloriosa accion; aunque muy pocas fueron seguidas de menos importantes resultados.

Llegó la noticia de la victoria de Lepanto al rey de España, hallándose en el Escorial, con motivo de celebrar la octava de Todos Santos, como lo tenia de costumbre. Recibió y escuchó al mensajero con la circunspeccion y gravedad que siempre usaba, siendo tan mesurado en manifestar alegría, como en dar muestras de tristeza y pesadumbre. Hizo inmediatamente que los monjes la celebrasen con solemnes cultos, y mandó que se depositase en el templo el estandarte turco que don Juan le remitia. Refieren algunos (1) que le dieron al rey la noticia cuando se hallaba asistiendo á visperas; que sin hacer caso en la apariencia de semejante novedad, continuó de rodillas todo el tiempo que duró aquel acto, concluido el cual, se acercó al prior, encargándole mandase cantar un solemne Te Deum, por una gran victoria que acababan de alcanzar sus armas.

(1) Entre otros el P. Sigüenza en su historia de la Orden de san Gerónimo.